

La renuncia del director general de la CFE, Guillermo Villarreal Caravantes, suscita muchas reflexiones sobre nuestra administración pública. Detengámonos en algunas de ellas, así como al azar. ¿Cuándo se practicará la sinceridad y se dirá llanamente que un funcionario fue despedido por inepto, por deshonesto, por perezoso? Sobran indicios que se trató de un despedimiento. Y no hay razón válida para no hacerlo saber así.

De otra parte, Villarreal Caravantes es muestra señalada de que el gimoteo no es buena técnica para administrar. Muchos de los veinte meses en que dirigió la CFE los pasó lamentando el pésimo estado en que se le había entregado ese organismo. Se trataba, sin duda, de dar golpes a veces innobles a su antecesor.

Este, por lo demás, estuvo presente, como director de Nacional Financiera y consejero de la CFE, en el acto postrero de Villarreal. Y no debe haber estado muy triste.

En fin, pensemos en lo misteriosos que son los caminos para designar a los altos funcionarios de la administración federal. Villarreal Caravantes no tenía la menor vinculación con la industria eléctrica nacionalizada cuando se le nombró oficial mayor de la CFE en 1970, meses antes del relevo presidencial. Como la gente recuerda, esta vez la sustitución de funcionarios fue haciéndose antes de concluir el sexenio anterior: don Hugo Margáin y don Manuel Bernardo Aguirre son, por ese motivo, los decanos del gabinete. Y en esa práctica se incluyó a Villarreal, puesto en la ofi-

cialía mayor como para que conociera el organismo que iba a dirigir.

Como analista en el Banco de México —su posición anterior— no había sido personaje destacado. ¿Qué decidió su nombramiento? Quizá nunca lo sepamos.

Es muy probable que el senador Germán Corona del Rosal quiera ser gobernador de su estado natal, Hidalgo.

Y cuando se es senador por la entidad natal, y además se lleva el mismo apellido que un poderoso ex líder nacional del PRI, ex secretario de estado, ex gobernador de la capital y de Hidalgo, se ve que a los anhelos se agregan las posibilidades.

Además, nadie diría que no es popular allí. No sólo

dirigió el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital en la época en que su padre fue gobernador y durante el mandato de los gobernadores fieles a éste, sino que es miembro prominente del Club de Leones, y dueño de una próspera empresa automovilística. Pero lo que verdaderamente lo hace conocido, al menos en Pachuca, es el ser propietario del club local de fútbol.

Andan mal las finanzas de ese club. Y para seguir dando circo a ese pueblo que no tiene pan, se le pide que no permita que esa empresa particular, ese negocio del señor senador tenga que cerrar. Y se solicita la aportación económica del público, pobrísimo él mismo y habitante de un estado miserable. Pero ya se sabe que el pueblo siempre responde a las causas nobles. ■